

14 de julio 1956

Atenea, vida mía:

Esta mañana estuve oyendo música en una habitación oscura. Oí el Concierto para Clarinete y Orquesta, de Wolfgang Amadeus Mozart; el Concierto para Clavecín y Orquesta, de Juan Sebastián Bach; y la Cuarta Sinfonía, del soviético Prokofiev. Escuchando a Bach he vuelto a ratificar mis ideas sobre la belleza de la obra objetiva. Esta música es inmanente, está fuera del hombre. Yo diría que carece de sensibilidad, lo cual explicado, quiere decir que está hecha con virtudes musicales, no con virtudes humanas. Tal es como afirmar que no es una interpretación del mundo, ni una recepción de las cosas del mundo, sino una pura expresión del tiempo.

Aunque yo carezco de categorías para recibir la música, es tan pura esta de Bach, que comprendí inmediatamente que estaba compuesta de tiempo y compases. Era estructura, método y medida. Lo que más me encantó fue la presencia inexcusable de los instrumentos materiales, que no dejan nunca de estar ahí. La música de otros es música espiritual, por decirlo así; pero la música de Bach es de instrumentos. En ella se ve la piedra.

Esto es una de las cosas que más valoro en la obra bien hecha: la presencia de la materia formal y la adecuación de la expresión artística a esa materia. Cuando más primitivo es un arte, más se adecúa la intención espiritual a la materia, por lo cual es el arte menos espiritual. En efecto: la nobleza del arte estriba en la relación de humildad existente entre el ser del hombre y la materia que usa. Un arte sin materia no es arte. Por eso resulta más puro el arte cuando es más rudo, es decir, cuando la materia está más presente, pues en el puro espíritu no hay arte. ¿Comprendes?

Me asombró la grandeza de Bach, y pienso, que siendo la Historia de la Cultura algo eminentemente humano, y no divino, en el Cielo no puede haber una música como la de Bach, pues allí no se toca con clavecín ni instrumentos de arco. En el Cielo habrá una música espiritual, que no será una música compuesta con materia, pues en el Cielo no puede haber arte, siendo el arte algo eminentemente terreno.

Tampoco en el Cielo puede haber una Mercedes, porque Mercedes, como el arte, implica una adecuación de la intención a la materia, y Mercedes es algo que pertenece exclusivamente a la Historia de la Cultura, es decir, a este mundo. Por eso dijeron mis demonios que, habiéndote conocido, yo no querría abandonar la Tierra. Bien saben mis demonios que ando enamorado de los momentos de tu existencia, diciendo constantemente: ¡Oh momentos de Mercedes, volved!

Un riguroso espíritu ortodoxo me ha hablado al oído, diciendo: «Ten cuidado, Mihay! que Mercedes es de materia efímera». Yo he dicho: «¡Quita, espantapájaros! Que Mercedes se justifica en Dios; pero se explica en ella misma. Pues si Mercedes no fuera inmanente, el mundo no sería distinto de Dios!».

Esto es lo que he dicho, y lo nuevo que hoy he aprendido de ti, divina Atenea.

*Te ama y te sonrío tu Miguel*

14 Julio 1956

Pd. Escrita esta carta, recibo, por fin, la tuya, que leo con delectación. Mañana contestaré. ¡Qué alegría!

*Miguel*

Otra Pd. Muchos besos

*Miguel*